

## **El autor, el aniversario, la novela y el homenaje**

Franco Troiano (1944), el autor de esta novela, es el fundador y presidente del Grupo EUROLOGOS, empresa multinacional de servicios lingüísticos que cumple el vigésimo aniversario de su fundación. La novela relata la busca por Italia de los vestigios del Gran Políglota, que ha emprendido una joven traductora flamenca, también en pos de su densidad amorosa y, más sencillamente, de su primer trabajo. La traducción de la novela en siete idiomas y una introducción sobre la literalidad en la traducción (la traducción “hermosa y fiel”) completan el homenaje al Santo Traductor, verdadero intelectual cosmopolita y moderno que vivió hace 1.500 años.

Cover page illustration:  
“Saint Jerome”  
by Il Caravage (1573-1610),  
Rome, Galleria Borghese

Illustration de couverture:  
“Saint Jérôme”  
d’après Le Caravage (1573-1610),  
Rome, Galleria Borghese

Abbildung auf der Titelseite:  
“Heiliger Hieronymus”  
von Caravaggio (1573-1610),  
Rom, Galleria Borghese

Ilustración de la portada:  
“San Jerónimo”  
según Caravaggio (1573-1610),  
Roma, Galleria Borghese

Illustratie op de kaft:  
“Heilige Hiëronymus”  
van Caravaggio (1573-1610),  
Rome, Galleria Borghese

Illustrazione di copertina  
“San Gerolamo”  
Il Caravaggio (1573-1610),  
Roma, Galleria Borghese

Franco Troiano

## Jerome

By the same author, published by TCG Editions:  
“Traduction, adaptation & editing multilingue”  
in collaboration with J. Permentiers and E. Springael (1994),  
the Italian version  
“Traduzione, adattamento & editing multilingue” (1996)  
and  
“Destra, sinistra o centro? Sopra.” (1994)

Telos Communication Group Editions  
550, Chaussée de Louvain - 1030 Brussels  
Tel.: +32.2.735.4818 - Fax.: +32.2.736.87.67

[info@eurologos.com](mailto:info@eurologos.com)

ISBN: 2-9600071-5-8 – D/1998/6961/6

“Traduttori”  
*First edition*  
Brussels, August 1994  
*Second edition*  
Milan, August 1996

# Franco Troiano

## **Jerome**

A novel in seven languages in memory of Saint Jerome,  
patron saint of translators.

## **Jérôme**

Une nouvelle en sept langues en hommage à Saint Jérôme,  
patron des traducteurs.

## **Hieronymus**

Eine Novelle in sieben Sprachen, gewidmet dem Heiligen Hieronymus,  
Förderer der Übersetzer.

## **Jerónimo**

Una novela en siete idiomas en homenaje a San Jerónimo,  
patrón de los traductores.

## **Hiëronymus**

Een novelle in zeven talen, als eerbetoon aan de heilige Hiëronymus,  
de patroonheilige van de vertalers.

## **Gerolamo**

Un racconto in sette lingue in omaggio a San Gerolamo,  
patrono dei traduttori.

# Jerónimo

**Un relato en italiano**

de Franco Troiano

extraído del libro Traduttori,

TGC Edizioni, Milano, 1996

y traducido a seis idiomas

(EN-FR-D-SP-NL-GR)

## **Vigésimo aniversario del Grupo Eurologos (1977-1997)**

### **Un homenaje a San Jerónimo, patrón de los traductores.**

Nuestro Grupo EUROLOGOS festeja el 20º aniversario de su fundación rindiendo homenaje a San Jerónimo, el patrón de la traducción. En efecto, la actividad central de nuestras sedes de Bruselas, Colonia, Milán y Amberes sigue siendo, no obstante la evolución de sus aplicaciones multimedia, la producción de servicios multilingües.

Hemos querido festejar este acontecimiento de forma pertinente, simple y enteramente cotidiana: publicando un texto en varias lenguas, tal y como lo venimos haciendo a diario desde hace cuatro lustros y más de 5.000 intensas jornadas de trabajo.

Ahora bien, dio la casualidad de que el primer relato publicado por nuestro fundador y Director General, Franco Troiano - en realidad, nada es completamente fortuito -, se titulaba Jerónimo. El libro *Traduttori*, editado en 1994 por la Editorial T.C.G. de Bruselas, comenzaba emblemáticamente con este cuento, en el que se describe la búsqueda, por parte de una joven traductora flamenca, de los vestigios del santo traductor en Italia. Sólo quedaba pedirles a los traductores y revisores del Grupo Eurologos que preparasen la correspondiente versión de este relato en las seis lenguas europeas más importantes: el inglés, el francés, el alemán, el español, el neerlandés y el griego. En cuanto al italiano, aclaremos que nuestro Director General, como buen milanés, había escrito *Jerónimo* en su lengua materna.

Es evidente que hemos tenido que esforzarnos imperativamente en olvidar las otras dos decenas de lenguas - ¡todas ellas importantes! - de la Gran Europa, desde los montes Urales a Lisboa. Los traductores, qué duda cabe, tienen faena garantizada bajo el cielo estrellado de la Unión de nuestro Viejo Continente.

Así, al acometer este pequeño libro, tan evidentemente modesto y desproporcionado con respecto a los retos lingüísticos de nuestro tiempo, esperamos al menos haber prevenido el riesgo de una autocelebración, tan fatal, a menudo, para las conmemoraciones.

Karl Vandeputte  
Marketing Manager  
**Grupo Eurologos**

Bruselas, 13 de noviembre de 1997

## **Homenaje a San Jerónimo, Doctor de la Iglesia y Patrón de los traductores.**



San Jerónimo (v.347-420)  
según un grabado  
de Alberto Durero (1471-1528)

### **Un políglota de hace 1500 años, patrón de los traductores**

Varias asociaciones profesionales del mundo entero conmemoran el 30 de septiembre, día del Santo, su arte del buen traducir. En efecto, fue el primero en trasponer la Biblia - admirablemente, por cierto - del hebreo y del griego al latín: la famosa Vulgata. Pero los traductores también le están agradecidos por sus innumerables enseñanzas sobre la manera de conjugar la fidelidad en la traducción con la belleza estilística. Secretario del Papa Dámaso y responsable de misiones en la antigua Galia y en Belén, San Jerónimo encarna la figura del políglota cosmopolita moderno 1500 años antes de nuestra época.

## Seis traducciones del mismo relato publicadas junto al original: un libro peligroso por definición desde el punto de vista de la traducción

Una vez invocada la clemencia de San Jerónimo, uno se sentiría tentado de invocar la de los lectores: no dispáren contra nuestros cinco pianistas que se han atrevido a publicar sus traducciones (bien instrumentadas en el teclado de su PC) junto al texto original del relato escrito en italiano.

Henri Miller solía preguntarse qué sería de sus libros “en manos de los traductores” y Umberto Eco llegó incluso a preguntarse si no estará el escritor obligado a “creer en Dios”, al menos por lo que respecta a las traducciones de sus textos a las lenguas que desconoce. En este libro en seis lenguas del mismo relato, no hemos tenido que enfrentarnos a ese problema, pero sí a otro no menos temible: el de refrenar el inevitable hipercriticismo del lector políglota. En Europa, en efecto, el bilingüismo o trilingüismo ya no es una rareza digna del interés de la antropología cultural. El estudio generalizado de lenguas - aunque no siempre de gran calidad - hace que la lectura multilingüe progrese significativamente. La prensa internacional, los viajes, las comunicaciones, las películas en versión original, el *zapping* televisivo fatalmente “multicultural”, la consulta de documentación publicitaria multilingüe y otros *e-mail* de Internet están cambiando radicalmente el enfoque tradicionalmente unilingüe de la lectura.

Y si bien es cierto que asistimos a una recuperación - enormemente saludable, por cierto - de las valorizaciones de las distintas lenguas desde un punto de vista geoestilístico, filológico y ortosintáctico, también lo es que cada día se aprende y se lee más en lengua extranjera.

La actitud tradicional - inevitablemente incestuosa - hacia la propia cultura está así en vías de transformarse, en esta época nuestra denominada posindustrial, en un proceso de mutación radical. El mar de fondo de este paisaje multicultural ya ha marcado a su paso nuestras visiones del patrimonio intelectual de nuestro Viejo Continente. Así, Europa será pluricultural y multilingüe o no será. De hecho, ya lo es.

Este pequeño libro pretende, por lo tanto, ser asimismo un testimonio - siquiera humilde - del camino a seguir con vistas al alumbramiento de una nueva concepción de la propia identidad lingüística. Y, sobre todo, de la creación de un nuevo tipo de relaciones que es preciso estrechar con esa otras patrias culturales que son las demás lenguas.

## La literalidad como método de traducción de excelencia o el traductor como “bailarín encadenado”

Aunque lleva ya veinte años en el empeño, el Grupo Eurologos no se cansará de luchar contra el prejuicio según el cual las traducciones denominadas “literales” no son sino malas transposiciones. En realidad, las que habitualmente se tachan de literales son lamentables traducciones palabra por palabra, es decir, puros calcos.

Al amparo de la gran tradición traductológica, nosotros reivindicamos la literalidad como condición previa y *sine qua non* de cualquier buena traducción. Condición, pues, no suficiente, pero sí necesaria.

En efecto, una traducción literal es una traducción fiel que restituye en la lengua de destino todas las connotaciones semánticas y morfológicas de la lengua fuente.

Naturalmente, nada impide que una traducción literal sea igualmente irreprochable desde un punto de vista geoestilístico y socioestilístico.

Frente a esto, puede uno encontrarse con versiones muy bien escritas y de estilo impecable a las que sin embargo no cabe denominar traducciones. Martina Csolány, insigne

traductóloga, describe con una bellísima imagen a los buenos traductores. En su opinión, son “bailarines encadenados”. Artísticamente bailarines en su lengua materna (de llegada), pero humildemente encadenados al sentido - a la totalidad del sentido - de la lengua de partida.

### **El desafío moderno de las traducciones “bellas y fieles” y la logosfera globalizada.**

Así pues, la traducción moderna pretende ser al mismo tiempo bella y fiel. Atrás ha quedado, incluso en la literatura, la costumbre gloriosa y nefasta de las “bellas e infieles”. Se trataba de textos “traducidos” por escritores que no conocían suficientemente las lenguas extranjeras y, sobre todo, que privilegiaban su ego literario en lugar de ponerse humildemente al servicio del autor. Hay que decir, a este respecto, que no era raro que estos talentosos escritores acabaran amasando una fortuna traductiva para autores extranjeros a menudo francamente mediocres. Sus textos eran más unas excelentes adaptaciones, unas recomposiciones traductivas, que verdaderas traducciones.

Así, la consigna de los cinco traductores de este libro ha sido la de producir una versión literal, pero restituyendo al mismo tiempo todos los factores estilísticos sin interferencias de traducción.

Esto es lo que hace que su actuación sea especialmente virtuosa.

Los lectores hipercríticos - y sobre todo los colegas traductores, tan implacables habitualmente, cuando no crueles, en la materia - tendrán, por lo tanto, que moderar su previsible y fatal agresividad “purista”. Que recuerden los ataques, numerosos y discutibles, de que se hace objeto a San Jerónimo desde hace mil quinientos años por su Vulgata. Y sin embargo, su Biblia constituye el texto fuente más traducido e impreso de toda la Historia.

En este sentido, el buen lector multilingüe - y con más motivo el buen traductor - debe cultivar al más alto nivel el espíritu de tolerancia crítica, tan necesaria, por otra parte, en nuestra logosfera, es decir en nuestros continentes ya globalizados e inmersos en la práctica multicultural.

No disparéis, pues, alegremente sobre los pianistas, sobre todo si están talentosamente encadenados.

La Direzione  
**Gruppo EUROLOGOS**  
Sede Central de Bruselas

Bruselas, julio de 1997

# JERÓNIMO

**“Non verbum e verbo,  
sed sensum exprimere de sensu”**

San Jerónimo  
de optimo genere interpretandi  
Littera LVII\*

\* La traducción del latín al inglés de muchas de las cartas de San Jerónimo está también disponible en Internet.

**“La verdad no se descubre.  
Se crea”.**

Antoine de Saint Exupéry

Les pareció extraño que la muchacha de la camiseta ajustada procurase obstinadamente entrar en la iglesia. Ya la había rodeado, intentando, incluso, penetrar por la sacristía.

El párroco de Stazzona, un pueblecito situado sobre el lago de Como, sólo abría la iglesia para la misa matutina del domingo. La pocas almas de Brenzio, aldea del Alto Lario occidental, se reunían allí desde hacía cinco siglos como atraídos por un imperativo inmemorial que la campana evocaba sin eco posible. Un sonido que terminaba por extravíarles aún más la mirada en el desmesurado panorama que se desvanecía a lo lejos, donde tan sólo podían distinguirse las cumbres de los Alpes nevados.

La iglesia había sido construida hacia finales del siglo XV sobre uno de los promontorios más fascinantes del lago, a media altura sobre la ladera escarpada de la montaña. Desde los heniles y los chalés circundantes, resultaba natural, desde siempre, llegarse hasta allí para contemplar, con la muda y hoy rara dignidad de las gentes humildes, la embriagadora belleza de los montes reflejada en el espejo del lago.

“Disculpen, ¿no está abierta la iglesia?”

Los dos ajedrecistas la miraron sin dar muestras de ir a interrumpir su juego. Antes de responder, Alberto colocó el caballo en la casilla D4. Pero la satisfacción de haber conquistado una buena posición en el centro del tablero no había menoscabado en absoluto la admirativa curiosidad que en él despertaban las exuberantes redondeces de la muchacha.

También la joven, aunque absorta en su propósito de penetrar en la iglesia, se había detenido, maravillada de ver a dos hombres enfrascados en un juego que nunca habría imaginado encontrar en Italia. Durante el viaje a Ucrania organizado hacía dos años por la Universidad de Gante había observado que allí la gente jugaba habitualmente al ajedrez, incluso en los jardines públicos. Pero aquí en las afueras de Bellagio, con unas vistas que abarcaban más de cien kilómetros de montañas y con una profusión tan cegadora de colores entre cielo y tierra, le parecía un lujo supremo que alguien se pudiera concentrar en un tablero blanco y negro de 30 centímetros.

“Buenos días. ¿Sabrían decirme qué hay que hacer para ver el altar de San Jerónimo?”

Alberto miró a su abuelo, que acababa de desplazar peligrosamente el alfil a G7. El anciano frecuentaba regularmente la iglesia desde hacía más de cincuenta años. Desde antes de unirse a los partisanos acampados en aquellas montañas de Dongo. Sí, los que habían arrestado a Mussolini mientras intentaba huir de Italia. Como es sabido, el aterrorizado *Duce* se había camuflado inútil y vergonzosamente entre los soldados de un destacamento alemán que se batía en retirada en dirección a Alemania.

Alberto ni siquiera sabía que en la iglesia hubiera un altar dedicado a San Jerónimo. El viejo, con su insignia del cuerpo alpino en la solapa de su chaqueta, sí recordaba algo: “Sí, hombre. Hay un fresco, seguramente el de la derecha. Hay que preguntárselo a don Mario”.

“Siéntate aquí, mujer”. Con un gesto amistoso, Alberto le indicó a la muchacha con acento extranjero que se acomodara junto a la improvisada mesa de piedra. Katrien sólo venció la reticencia que le inspiraba la invitación excesivamente cómplice del joven ante el gesto decidido del viejo, que le hacía un hueco colocando su chaqueta sobre el murete del pórtico.

“Es el párroco de aquel pueblo: se le puede encontrar por las mañanas”, precisó Alberto.

Desde la primera vez que había venido a Italia, a la Universidad para extranjeros de Perugia, Katrien experimentaba una sistemática perplejidad ante la despreocupación casi insolente con que los italianos parecían fundirse con obras de arte y paisajes maravillosos. Al principio había pensado que no eran sino unos bárbaros, indignos herederos de tamaña suntuosidad artística y natural. Luego había atemperado bastante este veredicto, al comprender que su desenvoltura era más que nada el resultado de una antigua familiaridad con la categoría de la belleza, por lo demás tan profusa allí por doquier. Había leído que la Unesco situaba en Italia un tercio del patrimonio artístico mundial.

Y más tarde había terminado por encontrar bastante molesto el comportamiento sistemáticamente didáctico de sus compatriotas los belgas con respecto al arte y la naturaleza. Así, le había parecido tiernamente ridículo su empeño en construir un museo alrededor de cualquier pedazo de terracota o piedra pomposamente calificados de históricos, hallados tras laboriosas excavaciones arqueológicas. Había llegado incluso a ridiculizar cruelmente la patética pasión de los flamencos por sus plácidos *polders*, esas granjas de la llanura que tanta adoración despertaban en su padre y que tanto le alababan en la escuela.

Y sin embargo, todavía estaba asombrada de que aquellos dos hombres le dieran casi la espalda a un panorama sobrecogedor que habría podido tenerles encandilados durante horas. Ésta era, precisamente, la vista que Stendhal había descrito en su “Cartuja de Parma” como una de las más hermosas de la creación. Aconsejada por su profesor, Katrien había leído la novela del gran escritor francés en su traducción italiana para practicar el idioma. Pero los pasajes sobre Griante se los había releído no hacía mucho en la lengua original, para saborear mejor, en su segunda lengua materna, la prodigiosa admiración que el lago de Como había suscitado en un escritor que, sin embargo, había viajado por toda Europa.

“A don Mario lo conozco bastante bien. Te lo puedo presentar mañana”, dijo Alberto.

“No tiene por qué molestarse”, se apresuró a responder Katrien, tratándole todavía de usted y sintiéndose al mismo tiempo cohibida y halagada por el interés un tanto insistente del joven moreno de ojos azules. Advirtió en seguida que llevaba la barba reciente y cuidadosamente afeitada pese a lo avanzado de la tarde.

“No es molestia ninguna”. Y, para atenuar ligeramente su entusiasmo, precisó de inmediato - pero insistiendo en el tuteo - que, de todos modos, a la mañana siguiente tenía que pasar por el Ayuntamiento de Stazzona a por un certificado.

Romildo, el viejo abuelo ajedrecista, conocido desde siempre como *El Cagnun*<sup>1</sup>, prestaba más atención a la jovencita que a su nieto. Observaba una vez más el eterno femenino en acción. Con ochenta años cumplidos, no se cansaba de dejarse fascinar por la gracia y la promesa de felicidad que una muchacha en todo su apogeo despierta aun en el más obtuso de los hombres. Ninguna puerta - pensó -, ni siquiera la de la iglesia más cerrada, habría podido resistirse a sus cejas y a la pulsión seductora de su sonrisa.

Mientras cambiaba ventajosamente su torre por la del nieto, Romildo espiaba atentamente la técnica coquetuela con que Katrien había conseguido entrar en sintonía con Alberto. Nunca había logrado discernir hasta qué punto la intencionalidad y el cálculo consciente entraban efectivamente en juego en la labor de seducción de las mujeres. Observando cómo la flamenca se entregaba a la narración de su búsqueda - iniciada en Bélgica - del mural en que se representaba a San Jerónimo, le había asaltado repentinamente, nitidísimo, el recuerdo de los labios sensuales de una prostituta de un burdel de Como al que solía ir con frecuencia antes de la guerra. Ya entonces se había hecho mil preguntas sobre la artificialidad o la autenticidad complacientes de la sonrisa de Carlina di Parabiago (así es

<sup>1</sup> *El Cagnun*, en dialecto lombardo, significa “el perrazo” (N. del T.).

como la llamaban), a la que incluso había llegado a regalar el reloj en prueba de amorosa gratitud.

Escuchando a Katrien hablar de San Jerónimo, protector de los traductores, sobre el que estaba preparando un trabajo de licenciatura en lenguas extranjeras, revivía en un destello la embriaguez de su primera juventud, cuando el juego del amor constituía la finalidad de toda su existencia. Aunque desde el punto de vista cultural hubiese transcurrido no menos de un milenio - y no tan sólo unos cincuenta o sesenta años - para que su brillantina líquida diese paso a la gomina de Alberto, comprobaba con alivio que en lo fundamental nada había cambiado. De la civilización campesina y preindustrial de sus años treinta a la denominada posindustrial de los noventa, todo podía haberse revolucionado menos el deseo y la búsqueda del sexo opuesto. Prueba de ello era el hecho de poderse comer la reina que Alberto había dejado al descubierto distraídamente. La partida estaba prácticamente terminada y, en realidad, Alberto ya estaba jugando otra.

Con disimulada complicidad, Romildo dejó a los dos jóvenes entregados a lo que prometía ser su primera cita. Estaba seguro de contribuir al nacimiento de un encuentro oportuno y que ya presentía ineluctable.

*El Cagnun* quería mucho a su nieto. Más que a su propio hijo, por el cual, a decir verdad, ya no sentía ningún aprecio desde que a finales de los años setenta se había hecho funcionario del *Departamento de Aguas* de la Lombardía. Sospechaba incluso que aceptaba sobornos que los agricultores de la llanura le ingresaban en una cuenta numerada en Suiza a cambio de un agua a la que tenían derecho. En el padre de Alberto, no reconocía a ese hijo sin tacha que siempre había deseado. Naturalmente, no tenía pruebas de su deshonestidad profesional, pero le bastaba, para despreciarle, la prosopopeya de su locución taimada y pérfida. Le bastaba con su lenguaje ampuloso de politicastro y tecnócrata. Además, como él siempre decía, no hay que fiarse de la gente con la que no se puede hablar en dialecto. En cambio con Alberto hablaba casi siempre en lombardo. Y desde que había dejado plantada a esa “gilipollas de Letizia, la que se agenciaba bajas por enfermedad para poder acudir a las manifestaciones estudiantiles del Leoncavallo”, Alberto pasaba a menudo los fines de semana con él en el lago, pescando o jugando al ajedrez. O bien preparando el asado de ternera. Más que como a un convaleciente, el abuelo lo veía inmerso en una especie de mutación cultural de la que no poseía todas las claves. Tenía, evidentemente, que reponerse de la ruptura sentimental, pero sobre todo tenía que reconstruirse a través de una crisis mucho más profunda. La razón que le había alejado de la triste alegría de Letizia no sólo ponía en juego la esfera de sus relaciones sentimentales, sino sobre todo la cultural y la política.

La única dimensión que había permanecido intacta era la de su actividad de grafista publicitario. Es más, últimamente se dedicaba a su trabajo con una mayor disponibilidad de energía. Incluso había empezado a utilizar las técnicas del grafismo por ordenador. Su Macintosh, un verdadero monstruo cronófago, era quien al final iluminaba sus noches, haciéndole olvidar el pasado ante la mágica pantalla de colorida omnipotencia. Así, trabajaba hasta más de diez horas al día con un ligero placer que había sorprendido a sus dos socios del *Studio Editing*. Éstos le habían acogido en la empresa que acababan de fundar con una cierta reticencia. Sostenían la idea de que, si no ya como empresario, sí tenía al menos que actuar como *emprendedor*. Es decir, como socio a todos los efectos. Tras un primer periodo no muy alentador que digamos, al final no habían quedado decepcionados.

Además, Alberto ya no soportaba la palabrería pseudopsicológica de las tardo-feministas, o la aparentemente “transgresora”, pero en realidad parasitaria, de Letizia. La subcultura veleidosa y antiproductiva, basada en las ilimitadas “necesidades” del individuo, en ningún caso contrapuestas a las limitadas posibilidades de verse satisfechas, le producían ahora náuseas. Y la irresponsabilidad lastimera del llamado “derecho a la felicidad” le

provocaba arrebatos de furor justiciero contra la astucia de quienes piensan que tienen derecho a todo.

En el trabajo y en la producción de riqueza, estaba desde hacía tiempo convencido de que la obligación ética principal era la de no pedir nada a nadie, y menos aún al Estado. Es más, pensaba que la creación del valor añadido, es decir, el hecho de añadir un valor a la Creación, era lo único que uno debía realmente exigirse a sí mismo y ofrecer a los demás. Así, había aprendido a clasificar a los individuos en función de su relación producción-consumo. Dejando a un lado, naturalmente, a los niños, a los ancianos de verdad (no a los prejubilados) y a los minusválidos, Alberto no había podido por menos que constatar que eran poquísimas las personas que arrojaban un balance positivo. Casi todas consumían más de lo que producían, incluso en el plano cultural y sentimental.

“He aquí la causa de la crisis económica, para la que incesantemente se buscan explicaciones macroeconómicas tan eruditas como improbables. En realidad - pensaba - las cosas no pueden sino ser muy sencillas. Bastaría con un poco de sentido común: no se puede gastar todo lo que se ha ganado. Los primeros hombres prehistóricos dotados de raciocinio fundaron la civilización sobre este principio esencial. Reservando las semillas para luego plantarlas, en lugar de comérselas, es como se creó la agricultura. Sin embargo, las generaciones que se han ido sucediendo a partir de los años 60 se han cepillado todo lo disponible y todo lo que podía comprarse a plazos. ¿A qué, pues, extrañarse de la crisis y del consiguiente desempleo? Para hacer frente a las necesidades de los nuevos mercados y para crear - en consecuencia - puestos de trabajo, hay que tener dinero prudentemente ahorrado o disponer de capital prestado al efecto”.

De estos temas, Alberto sólo podía hablar - por así decirlo - con el abuelo Romildo. Hacía tiempo que sus viejos amigos le consideraban un yuppy alelado y provinciano. Temía incluso haber caído en un simplismo reductista en el que de pronto todo resultaba abusivamente claro. Desde luego, ya no estaba dispuesto a seguir las, cuando menos, obsoletas reglas “económicas” del marxismo descafeinado. Hacía tiempo que el idealismo de Croce y el materialismo marxista se habían desmoronado ante sus propios ojos. Leía a Hayek y a Tramonti y, sobre todo, trataba de mantenerse informado sobre los economistas americanos que criticaban el modelo sociopolítico del *Ideal Typus*. El abuelo Romildo, además, al no poder oficiarse como interlocutor crítico - ya que, naturalmente, no disponía de bagaje cultural alguno en materia económica -, le servía de oyente involuntario en sus solitarias investigaciones políticas. Por otra parte, Alberto desconfiaba meticulosamente de todos los “expertos” más o menos acreditados. Ya sabía que eran falsos, embusteros y, sobre todo, desesperantemente incompetentes. Máxime si eran de izquierdas.

Con su abuelo hablaba, pero más que nada podía reflexionar sobre estas cosas de manera relajada y con la mayor tranquilidad. A falta de poder llegar con él a una sistematización unitaria y demostrativa de sus nuevas teorías, se sintió definitivamente conquistado por *El Cagnun* el día en que éste, de vuelta de su casa en la montaña, se le había sincerado como nunca antes lo había hecho: “Mira, Alberto, yo y ese sinvergüenza de tu padre pertenecemos a las generaciones más innobles que jamás hayan existido sobre la Tierra. Dos generaciones egoístas que han terminado por traer hijos al mundo para tener una pensión que cobrar, y a los que han legado una deuda de unos cincuenta millones de liras por cabeza, minuciosamente dilapidados. Y ni uno solo invertido realmente con miras al futuro. Por si fuera poco, si seguimos cuidándonos con tanta exageración y pegándonos esta vidorra asistida que nos pegamos, vais a tener que resignaros a mantenernos durante otros quince, veinte años con las pensiones que nosotros mismos nos hemos asignado, y que nunca os podréis permitir. Y la herencia, si queda algo, sólo la podréis disfrutar cuando ya sea demasiado tarde para vosotros”.

“Pero, abuelo, ¿quién piensa en la herencia?”

“Yo no estaría tan seguro. Me avergüenza pertenecer a esta doble generación que - como muy bien dice Bocca - ha hecho del hedonismo pordiosero la bandera de su horrible cleptocracia. La de Tangentopoli<sup>2</sup>, que nos viene desde antes del destituido Presidente Leone, pasando por un Primer Ministro granuja como Craxi y por un empresario suicida como Gardini, no es más que una destilación de la gran vendimia realizada a tu costa durante treinta años. Fíjate por ejemplo en esa parásita de tu tía Patrizia: tiene cuarenta y un años, pero lleva cobrando la pensión mínima desde los treinta y ocho. A esta funcionarucha de oro la vas a tener que mantener tú durante al menos otros cincuenta años a casi un millón de liras mensuales”.

“Yo también he caído en la cuenta no hace mucho. ¡Figúrate que antes de que consiguiera la jubilación, había llegado incluso a darle la razón con el argumento, propio de un lobotomizado, según el cual su jubilación anticipada *produciría* un puesto de trabajo para otra profesora! Me avergüenzo de mi estupidez”.

“O si no - prosiguió *El Cagnun* -, fíjate en el canalla de tu padre. ¿De dónde crees que saca el dinero para el barquito que tiene en Liguria? Lleva veinte años lamiéndole el culo a ese gañán descreído de Gerosa, que es probablemente el pájaro más delincuente de la región. Pues bien, ¿crees que tiene realmente el más mínimo temor de Dios? Recordarás que desde que entró en el consorcio del Acueducto se ha comprado el chalecito en Portovenere, pero me da que también está atado de por vida a esa rata de sacristía. Tú puedes dar fe de que, lo que es yo, jamás he puesto un pie entre esas paredes ligures, pagadas probablemente desde Lugano”.

“Bien molesto que tienes a papá”

“¡Si supieras lo poco que me importa! Cuando ibas de extraparlamentario de izquierdas, yo en el fondo estaba de tu parte. Más vale leninista y honrado que meapilas de Mercedes turbo y mafiosillo de medio pelo. Con veintiséis años, ya es hora de que te diga algunas cosas”.

Mientras le escuchaba, Alberto se preguntaba por qué no habían estado más unidos desde los años en que estudiaba en la Academia de Artes Gráficas de Brera. La coincidencia de opinión sobre la minipensión de la tita, siempre de viaje, y sobre el nivel de vida del padre, demasiado rampante para un ingeniero paraestatal, borraba por completo los cincuenta y cinco años que le separaban de su abuelo. Le pareció incluso que a partir de ese domingo su concepción filosófica había quedado puesta en entredicho con especial radicalidad. Así, había acelerado la crítica práctica de su existencia sirviéndose de la ralentizada compañía del viejo alpino y procurando no permanecer nunca demasiado lejos de una meditada botella de Sassella. “In vino veritas”, repetía *El Cagnun* tan previsible como oportunamente, mientras descorchaba una sin perder por ello el hilo de la conversación.

Con el rostro ligeramente maquillado, Katrien estaba sentada frente a Alberto en una mesa de castaño macizo. Tan sólo les separaba la sempiterna botella de tinto de la Valtellina. La flamenca no había podido resistirse mucho a la invitación a cenar en la Enoteca del Puerto de Domaso, que era el pueblo donde acampaba con una amiga, a la orilla del lago. Habían llegado hacía unos cuantos días para reunirse con los jóvenes padres de Chantal, su amiga, aficionados a practicar la vela en aquellos parajes. El deseo de mostrar a su compañera el trofeo recién conquistado había contribuido no poco a decidirla a aceptar la invitación. Obviamente, Chantal jamás habría podido imaginarse que fuera posible pescar un ejemplar de macho tan apetecible rodando por iglesias de montaña en busca de frescos dedicados al primer traductor latino de la Biblia. A ella no le había ocurrido nada parecido ni siquiera después de haberse pasado cuatro días achicharrándose en topless en la playa.

<sup>2</sup> Tangentopoli significa, literalmente, el país de los sobornos, es decir, un sistema generalizado de corrupción tanto a nivel político como administrativo.

Una vez que se hubieron sentado a la mesa, Alberto ya no tenía ninguna otra posición táctica que conquistar. No quería pasarse de la raya. Dejó, pues, a Katrien tomar la iniciativa. La mujer de letras, la políglota, tomó en seguida las riendas de la conversación, dominando al hombre de imágenes, al grafista esteta. Su tono era desenvuelto. Amistosamente, Alberto servía de contrapunto con una tonalidad mayor y cóncava. La femineidad de Katrien estaba completamente desprovista de los oropeles ideológicos a los que le tenían acostumbrado Letizia y sus amigas supuestamente “culturalizadas”. Su frescura le había transportado a un mundo de simplicidad lineal que andaba buscando desde hacía tiempo, lejos de la neurosis a menudo histérica de las “compañeras” perpetuamente militantes. En su camino sólo había encontrado la comprensión del abuelo Romildo. La liviandad de Katrien, paradójicamente, le llegaba muy dentro. Su autenticidad gratuita había empezado a involucrarlo por completo.

Así, mientras la escuchaba, percibía con mayor nitidez la falsedad de la relación - basada, por lo demás, en la pura inercia - que había mantenido con una mujer casada de Milán. “Una pajarita de lujo con bonitas plumas”, había pensado la primera vez que la había visto. Había sido en un *casting* de niñas para una campaña publicitaria de galletas cuyo logotipo estaba rediseñando Alberto. La hija - bastante inexpresiva - no había sido seleccionada para el anuncio, y la madre se había consolado eligiendo a Alberto como entretenimiento puntualmente semanal y siempre expeditivo, cuando no apresurado. Una cópula más bien desapasionada y básicamente higiénica entre las diez y las doce del miércoles. Las únicas variaciones eran los periodos de abstinencia correspondientes a las vacaciones familiares o las semanas en que había doble “traqueteo” si a la señora le entraba el antojo antes de acudir al mercado del barrio. Junto con la impepinable loncha de ternera y el jamón de York, la reina de la casa hacía así acopio de emociones igualmente carnales, que Alberto dispensaba con complacida vitalidad.

En realidad, tras casi un año de relaciones, apenas se conocían. Sus citas se desarrollaban en un enrarecimiento verbal de lo más relajante. En una especie de exuberancia muscular no desprovista de rigor estético. Verdaderas y auténticas exhibiciones corporales sin complicaciones psicológicas. Los dos cuerpos se rendían homenaje en una suerte de rito apolíneo, con la más absoluta irresponsabilidad y fuera de toda dimensión temporal.

Su relación apenas si tenía historia, pero paradójicamente habría terminado por cultivar una cierta pureza voluptuosa si no fuera porque ya duraba demasiado. Alberto había empezado incluso a temer el día en que, aunque sólo fuera por el riesgo de una “imposibilidad”, no habría podido celebrar virilmente el rito priápico con la hermosa bacante metropolitana.

Katrien seguía hablándole. Ya le había explicado cómo en todos y cada uno de sus viajes no dejaba nunca de documentarse, ni de visitar todos los cuadros en que apareciera representado San Jerónimo. El de Leonardo en el Louvre, el de Antonello da Messina en la National Gallery o el grabado de Durero, casi soterrado en Norwich, en una colección privada.

“Ahora que me acuerdo, el de Antonello yo también lo conozco. El santo está representado sentado en una cátedra frente a un escritorio. Tengo una reproducción en mi estudio. Y su hornacina está enmarcada en una arquitectura catalana muy armoniosa, con un pavo real”.

“Y con un león al fondo. Es el cuadro que más me gusta”.

“¿Un león?”, preguntó Alberto.

“A menudo aparece un león. Se cuenta que San Jerónimo le había sacado una espina de la pata. Y que en agradecimiento, la fiera se había mantenido fiel al santo, el cual, hace más de mil quinientos años, era ya un gran políglota y un erudito. Dominaba el griego y el hebreo”.

“Ah, sí, la traducción de la Biblia, la Vulgata”.

“Exacto. Pero San Jerónimo es interesante también por otro motivo. Llevó una doble vida. Primero, hizo una carrera pública de primer orden. Era Secretario del Papa y estuvo al frente de delicadas misiones en la Galia, allá por mi tierra, y en Jerusalén. Un auténtico Kissinger de la época. Después se retiró para llevar una vida ascética en el desierto. Mi tesis es que estas dos dimensiones no sólo son cronológicamente sucesivas, sino también permanentes en la continuidad de su vida. Como en la de cualquier traductor que se precie, por otra parte”.

Alberto creía estar soñando. Llevaba años hablando casi siempre con chicas orgullosísimas de estar “politizadas” y de fumarse mecánicamente hasta dos docenas de pestilentes cigarrillos, mientras mascullaban frases repletas de anacolutos e ilogismos lamentables. Más llenas de ganas de vivir que de vida, más interesadas por el poder que por la seducción, más angustiosamente sensuales que eróticas. Katrien hablaba con propiedad, aunque se notaba que le era imposible traducirlo absolutamente todo: no en vano el italiano era su cuarta lengua, después del holandés, el francés y el inglés. Formulaba observaciones sensatas, lógicas, con vivacidad “intelectiva” pero sin ostentación intelectual. La pasión que la animaba estaba objetivada, inscrita en un entusiasmo justificado e inteligible. Ello obedecía probablemente a la disciplina y a la enseñanza de la escuela belga, a su cultura germánica. O quizás procedía de la gran tradición francófona de la conversación, esa habituación al diálogo racional y brillante: su padre, aunque era flamenco, había sido educado en francés como era costumbre en muchas familias burguesas de la neerlandófona Gante.

Los extremistas flamencos llamaban, no sin desprecio, *franskiljon* a sus compatriotas pertenecientes a estas familias que en su perfecto bilingüismo “traicionaban” la cultura germánica de la lengua holandesa. Por su parte, los *flamingants* - así llamaban los belgas francófonos a los flamencos ultranacionalistas y secesionistas - nunca han podido digerir, por ejemplo, que su héroe nacional, Tijn Uilenspiegel, hubiese sido inmortalizado en la novela del escritor flamenco De Coster en francés: durante siglos, la cultura y la vida social se habían encarnado en el verbo refinado de Voltaire y Flaubert.

El hecho es que Alberto se sentía atrapado por las palabras minervinas de Katrien. Máxime teniendo en cuenta que su explicación sobre la doble vida de San Jerónimo, mundana y al mismo tiempo contemplativa, se presentaba como prodigiosamente concordante y venida al caso con su crisis cultural.

Mientras tanto, había descubierto también un pequeño hoyuelo en el mentón de Katrien, la cual, al sentirse escuchada con atención, había dado rienda suelta a su locuacidad. A lo cual había contribuido probablemente el tercer vaso de Sassella bien envejecido, con su típico aroma de éter.

Antes de salir al embarcadero, Katrien logró, con goloso interés, que el cocinero le explicara qué verduras había utilizado para acompañar el asado de ternera, del que había pedido que le sirvieran otra buena loncha.

Alberto ya no sabía muy bien qué hacer. Pero tenía sin embargo la certeza de que ya nunca podría dedicarse en cuerpo y alma a ninguna otra cosa: amaría a Katrien a cualquier precio y por encima de todo.

La asfixiante jornada ya se había rendido completamente a la *brevia*, esa brisa que desde Menaggio y Gravedona remonta el lago hasta la desembocadura del Adda. El frescor de la tarde se mecía en la resaca de las leves olas del lago, sobre el que tan sólo se destacaban las sombras de las barcas apenas iluminadas de los pescadores. Apoyados en la tapia del muelle, los dos jóvenes habían pasado a las confidencias burlonas, a la narración recíproca y matizada de sus respectivas fobias: como buen esteta que era, Alberto sabía perfectamente que es siempre a partir de lo que no nos gusta como se concilian los gustos.

El perímetro del lago se recortaba a través de las perlitas que emanaban de las farolas que se iban sucediendo en los paseos circundantes: Colico, Gravedona, Dongo, Menaggio, hasta llegar a Tremezzina. Y en derredor, las lucecitas de las innumerables casas y villas, como encandiladas en la contemplación del lago apenas iluminado por una media luna en fase creciente.

“Hazme de Cicerone, indícame dónde se encuentra la iglesia de Brenzio de esta tarde”. Con su mano derecha, Katrien le había cogido a Alberto la mano con desenvoltura y, alzándola hacia la montaña y apuntando hacia arriba con el índice de la izquierda, le mostraba lo que debía hacer. En el movimiento, un tanto torpe y singularmente íntimo, el pecho se le aplastó contra el brazo desnudo de Alberto durante demasiado tiempo como para pensar que se trataba de una colisión fortuita. Era la primera vez que sus cuerpos se tocaban. Katrien estaba descubriéndose un oscuro deseo de saber si también sus sensaciones físicas podían conformarse a la disponibilidad que se le había manifestado casi inmediatamente, durante el primer encuentro en la iglesia. Tenía vagos deseos de saber si esa atracción podía resistir a la verdad del contacto epidérmico. La apatía física siempre le había revelado muy rápidamente la consistencia de sus devaneos. Acostumbrada, por temperamento y educación, a racionalizar extremadamente sus relaciones, sabía que necesitaba la confirmación inequívoca de los sentidos. Con Alberto había intuido en seguida que no iba a tener que forzarse para ceder. Puede que fuera su primera imagen - la de un ajedrecista reflexivo y, al mismo tiempo, abstraído - la que le había infundido un sentimiento marcadamente poético y seductor. La imagen de un joven silencioso, tranquilamente concentrado, sentado junto a su abuelo bajo una bóveda del siglo XV y con al fondo un paisaje exuberante e incontaminado, esa imagen simbólica y sublime jamás la olvidaría.

Alberto, en lugar de seguirla con el índice en dirección a la ladera de la montaña, la besó atrayéndola ligeramente hacia sí. No es que lo hubiera decidido: es que no quiso, no supo hacer otra cosa. Katrien percibió su emocionada timidez, que tanto contrastaba con la impresión de experiencia viril que emanaba de su persona. Había reconocido en Alberto a ese tipo de hombre al que todo le resultaba fácil, que no tenía necesidad de pedir. Le bastaba con estar allí y los demás no tenían nada mejor que hacer que rendirse a su gracia como si eso fuera lo más natural del mundo. A Katrien siempre le habían gustado los hombres atractivos, a condición de que no hicieran ostentación de su irresistible poder de seducción.

A la mañana siguiente, con el sol ya en lo alto, Katrien desayunaba en la terraza del albergue juvenil, a orillas del lago. La *brevia* todavía no se había levantado y el agua era un perfecto espejo. Tan sólo llegaban hasta allí las olas del barco que acababa de pasar delante de la Abadía de Piona, construida frente a Domaso. Su amiga Chantal, un tanto contrariada por no haber sido objeto de las confidencias detalladas de la velada, no había tardado en dejarla sola en la mesa, absorta en la contemplación del Legnone, la montaña de más de dos mil metros que se alza escarpada, por detrás de Colico, desde el extremo del lago.

Aunque dispuesta a mucho más, Katrien no lamentaba la reserva controlada de Alberto, quien, tras haberla citado para la mañana siguiente, la había acompañado bastante pronto al campamento. Se habían dado un beso, pero él se había contenido para no adentrarse demasiado entre sus labios.

Lo vio llegar a paso ligero, con gafas de sol, mocasines lustrados, vaqueros y una camisa de vivos colores. A Katrien se le representó inmediatamente la imagen del ángel de Wim Wenders. Pensó que algunos muchachos tienen una belleza que el donaire de la mujer más hermosa tan sólo puede igualar.

“Qué, ¿has dormido bien? ¿Lista para ir a ver a don Mario?” Y, besándola en el hoyuelo, le cogió el índice e imitando el gesto de la noche anterior apuntó graciosamente en dirección a Brenzio y Stazzona. En el coche, contento de poder reanudar la conversación

donde la habían dejado, empezó a indicarle a pleno sol los lugares que ella había querido que le explicaran de noche.

“Mira, esa es la finca de Miglio, el teórico constitucionalista de los federalistas”.

“Ah, ese racista secesionista”, contestó Katrien.

“¡Pero qué racista ni qué secesionista! No, hombre, no. ¡Ni que esto fuera el Vlaams Blok de Amberes! A los intelectuales y periodistas belgas, por no hablar de los franceses, les bastaría con probar un poco de su vino tinto - ¿ves estos viñedos? - para convencerse. En general, los francófonos aplican a Italia, desde lo alto de su habitual petulancia, los esquemas interpretativos y los criterios de evaluación que utilizan - e incluso a menudo de forma errónea - en Francia o en Bélgica”.

“Y sin embargo sienten un gran amor por Italia”, terció Katrien, conciliadora.

“Yo no estaría tan seguro. Cuando se ama sin conocer, existe el riesgo de caer en una relación autoerótica”. Alberto se dio cuenta demasiado tarde del singular doble sentido que esta última frase adquiriría en el contexto de su relación, toda ella tan aún por descubrir y construirse. Pero Katrien percibió en ella una explicación halagüeña de sus relativas reticencias de la noche anterior.

“El hecho es que, aun no habiendo conseguido acceder al poder en ningún país europeo, los marxistas han ejercido durante más de cincuenta años una hegemonía total sobre la *intelligentsia* política y cultural, incluso en la más moderada”.

“¿Pero no eras tú también de izquierdas?”

“Lo he sido durante demasiado tiempo, hasta hace unos meses. Tenía incluso una amiga que sigue militando en la extrema izquierda y que ahora se me antoja a una distancia de años luz”.

Antes de entrar en Stazzona, Alberto pasó rápidamente por delante de la verja de la casa del abuelo Romildo. ¿Quieres que te llevemos a alguna parte? Nosotros vamos a ver a don Mario”. El viejo alpino estaba recogiendo en el huerto el jaramago para la ensalada y las acelgas para el *minestrone*. Con él estaba Giovanni, su amigo de toda la vida. Le llamaban *El Cragnum*<sup>3</sup> sin que nadie supiese el porqué. Era el mismo que después de la guerra se paseaba con unos zuecos fabricados con el cinturón de Mussolini. También *El Cragnum* había estado en las filas de los partisanos del Dongo y, según decía él mismo, el cinturón del *Duce* no habría podido encontrar un empleo más digno.

“No, iros y decidle a don Mario que se dedique a casar a los jóvenes en vez de preparar los funerales de los viejos”. Momento en que *El Cragnum* se echó mano a la bragueta en un inequívoco gesto para alejar la mala suerte.

“Cuando se pasa de los ochenta años - pensó la muchacha -, hasta los gestos vulgares adquieren un valor bondadosamente tierno”.

Así, Katrien estaba descubriendo una Italia realmente desconocida y sorprendente. Y cual no sería su sorpresa cuando Alberto le explicó que *El Cragnum* nunca había desmentido los rumores que afirmaban que había sido él, junto con otros partisanos, quien había escondido el mítico tesoro de Dongo que el *Duce* se llevaba con Claretta camino de Alemania. Churchill en persona se había desplazado a Domaso para buscarlo. Parece que estaba interesado en recuperar unos documentos secretos que le concernían y que no deseaba que se divulgasen. El escepticismo del pueblo hacia los todopoderosos tiene una base material.

“A don Mario te lo voy a presentar ahora. Le conozco de cuando me fui a la mili. Antes de enrolarme, me di a mí mismo unas vacaciones y nos encontrábamos casi a diario en

<sup>3</sup> *El Cragnum* significa en dialecto lombardo “cabeza grande” o “cabezota” (N. del T.).

un Círculo creado por algunos jóvenes de la zona. Así, mantuve con él una relación breve pero intensa. Mi amiga de entonces, Letizia, estaba de baja por enfermedad, como de costumbre, y venía también. Entablábamos a menudo discusiones apasionadas en las que se hablaba, con escaso método, lo mismo de escatología que de política, de cultura o de economía. Pero guardo un buen recuerdo de aquellos días”.

Katrien le escuchaba atónita. Casi había olvidado que el objetivo de su viaje en coche hasta el pueblo suspendido allá arriba era su apacible investigación sobre San Jerónimo. Estaba descubriendo una insospechada vitalidad política a la que nunca había tenido ocasión de acercarse realmente.

Su Bélgica natal la había acostumbrado a una relación superficial y desapasionada con la cosa pública. Una relación con la *polis*, en tanto que ciudad humana, muy enrarecida y descarnada. El nivel de socialdemocracia y de estatalismo era tan elevado, es decir, era tal la burocratización, que ocuparse activamente de política se consideraba un ejercicio inusual: cuando todo está institucionalizado y minuciosamente estructurado, resulta ridículo o inútil hablar de política si no se es un experto.

Si bien, por una parte, Katrien percibía el carácter arcaico que con frecuencia revestían las posiciones ideológicas en Italia, por otra, tenía que reconocerles una sana vitalidad humanística en los antípodas de la cultura tecnocrática y *desresponsabilizadora* característica del estatalismo endémico. O, más propiamente, del socialismo real.

Así, no le pesó en absoluto asistir casi muda al encuentro entre don Mario y Alberto. Entendió, desde el principio, que el viejo sacerdote defendía una postura tan simpática como substancialmente cismática. El buen hombre reivindicaba la necesidad de crear en la Iglesia instituciones “de base” de tipo democrático. Katrien, que era católica todo lo que un belga puede ser todavía ciudadano romano, sabía bien, de todas maneras, que hablar de democracia dentro de la Iglesia (especialmente en la Iglesia romana) era como asimilar, en teología, el principio del cuerpo místico a la dictadura del proletariado. “Si hay una institución - pensaba - que no tiene nada, lo que se dice nada que ver con la democracia, ésa es precisamente la Iglesia católica”.

Se guardó mucho de participar sus observaciones al un tanto heterodoxo sacerdote, a la espera de comentarlas antes prudentemente con Alberto. Estaba, aguardando, además, la ocasión para introducir en la conversación a su santo traductor, mucho más pertinente, por lo demás, que las fantasías supuestamente democratizantes del cura, generoso pero doctrinalmente desorientado y canónicamente protestante.

Sin dar, pues, a entender que el gran santo, que era más un místico asceta que un político contestatario, se habría levantado de la tumba con sólo oír la décima parte de lo que acababa de decir don Mario, Katrien consiguió desviar la conversación de la reforma del Vaticano II a una pregunta curiosa. “Según usted, don Mario, ¿cuál es la explicación del mito de la espina clavada en la pata del león y de la intervención de San Jerónimo?”

El sacerdote, evidentemente, jamás había reflexionado sobre el asunto y se quedó más bien desorientado ante la pregunta. Parecía como si estuviera viendo a la muchacha por primera vez. Con demasiada rapidez la había tomado por una izquierdista militante, una contestataria sistemática tipo Letizia. No sabía qué contestar y se quedó mudo por primera vez desde el inicio del encuentro. Sus pensamientos, que corrían todos en la dirección “pueblo de Dios en contraposición a jerarquía eclesiástica”, se habían visto frenados tan bruscamente que casi se les podía ver salir en tromba catapultados hacia su tersa frente, calva desde hacía varios lustros.

“Así, de sopetón, no sabría decirle”, consiguió balbucir el sacerdote. Luego, recobrando su habitual facundia, añadió: “Tal vez se trate de una devoción popular al Santo Cirujano. En un fresco del oratorio de Vergosio, San Jerónimo aparece representado junto a

San Roque, con su pierna ulcerada. Esto tiene que estar relacionado con la pata herida del león”.

“El oratorio de Vergosio... ¿y dónde queda?”, preguntó en seguida Katrien con visible interés, aunque no del todo convencida por la explicación más bien sanitaria del sacerdote.

“Allí, sobre el pueblo, en medio del bosque, hay una capilla del siglo XVI con algunos cuadros valiosos, como ocurre en muchas iglesias de esta zona. No sé si sabe que, frente al cisma luterano, nosotros, los de la Iglesia católica, hemos tenido que defender nuestra fe construyendo innumerables iglesias y fundando, de este lado de la frontera con la Suiza reformada, numerosos monasterios de inequívoca fe ortodoxa, en nuestro esfuerzo por mantenernos fieles al Concilio de Trento”.

“Hombre, don Mario, no se me estará usted convirtiendo ahora en un contrarreformista, ¿verdad?”

“No me vengas con bromas, Alberto, que estamos hablando de cosas serias. La unidad de la Iglesia es el bien máspreciado que tenemos. Unam, Sanctam et Catholicam”.

Katrien se lo estaba pasando en grande. Ésa era la Italia que ella conocía bien: la Italia contradictoria de la anarquía, capaz de grandes entregas (y de grandes obras), pero únicamente en circunstancias excepcionales. El considerablemente herético (sin saberlo) don Mario se declaraba defensor acérrimo de la ortodoxia católica frente a los luteranos cismáticos, no mucho más heterodoxos que él.

“Y el fresco de Brenzio, don Mario?”

“Ah, ése está completamente dañado. Mire aquí, señorita”. Y fue a coger su álbum de fotos. “¿Ve? Apenas si se distingue bajo los martillazos. En el siglo XVIII se restauraba así, a golpe de martillo”.

El cura le había mostrado varias fotografías de la iglesia consagrada a San Juan Bautista. Era evidente que no valía la pena desplazarse hasta allí para comprobar los estragos.

Ya eran más de las doce. Se despidieron y Alberto se llevó a Katrien a hacer la compra. Bresaola<sup>4</sup>, salchichón, queso, pan, fruta y vino. Destino: el chalé, a más de mil metros de altura, con una perspectiva sobre el lago hasta donde alcanzaba la vista.

“¿Ves? Hoy hasta se distingue la *Madonnina* del Duomo de Milán. Mira”. Alberto le pasó a Katrien los gemelos mientras se disponía a colocar la comida sobre la mesa de la pérgola.

“Mi estudio gráfico queda por ahí, a la derecha, justo donde está el rascacielos”. Alberto le hablaba como si ella estuviera viendo realmente - a casi un centenar de kilómetros - la sede de su Studio Editing. Mientras lavaba la fruta en la fuente del manantial, se sentía feliz por haber conseguido llevarla allá arriba, solo, con los vecinos más próximos a no menos de quinientos metros: otro chalé que además tenía pinta de no estar ni siquiera habitado.

“¿Qué son esas ruinas?”

“Son lo que quedó tras el incendio de la vieja casa. Los fascistas la destruyeron para vengarse de los partisanos, que habían hecho de ella su cuartel general. El abuelo Romildo se había unido a ellos después del famoso 8 de septiembre del 43, tras desertar del ejército de Badoglio, cuando el régimen empezó a derrumbarse por completo. No creas que los demás antifascistas se movieron mucho antes. Ha tenido que esperar veinte años para poder reconstruir la casa ladrillo a ladrillo y piedra a piedra. Durante dos años, él y unos amigos albañiles no han faltado ni un solo fin de semana a la cita con la argamasa y la llana”.

“Tu abuelo me gusta cada vez más. ¿Es comunista?”

“Qué va, siempre ha votado a la derecha hasta ahora mismo, que se ha hecho simpatizante de Forza Italia”.

<sup>4</sup> La bresaola es un fiambre hecho a base de carne de buey, conocido también como “viande de Grisons”.

Katrien empezaba de nuevo a no entender nada: ¿cómo podía uno ser partisano y fascista al mismo tiempo, para después engrosar las filas de los liberales?

“No, no al mismo tiempo. En Italia, durante los veinte años de fascismo, los de la Resistencia eran cuatro gatos, digan lo que digan. Y por cierto que en tu país, en Bélgica, sobre todo en la zona de Flandes, la cosa fue peor. Los escasos partisanos, además, no dieron en su mayoría señales de vida hasta el último momento. Y no pocos habían sido fascistas hasta hacía nada, aunque de los tibios y pasivos”.

“En lugar de comer frente a él, Katrien se había sentado al lado de Alberto. A la sombra de la pérgola de kiwi, charlaban mientras contemplaban el inmenso panorama del lago. Al fondo, las montañas de la Valsassina trazaban en el cielo la línea gris formada por las crestas rocosas.

“Pero entonces, ¿por qué votaba a la derecha si los fascistas hasta le habían quemado la casa?”

“Por el desprecio y las náuseas que le provocaba la afectación de todos los antifascistas de última hora. Antes que acreditar la retórica áulica y pomposa de la “guerra de liberación partisana y revolucionaria” había preferido ponerse del lado de los vencidos, en el más estricto respeto de la democracia y del juego parlamentario”.

“Entonces, siempre ha estado en la oposición”.

“Exacto. Mientras todos sus ex amigos se han aprovechado de su antifascismo tardío, por no decir de pacotilla, él ha preferido pasar por un excéntrico, e incluso por un neofascista, antes que alardear de un pasado de noble y gloriosa resistencia. Son pocos los que han permanecido fielmente a su lado. Pero, eso sí, todos le han respetado siempre”.

“Tu abuelo me sigue gustando cada vez más. Creo entender por qué le llaman *El Cagnun*”.

Y, al decir esto, le estrechó como si con su cuerpo quisiera abrazar también la orgullosa soledad del viejo alpino.

Alberto había estado esperando este momento mientras conducía a Katrien a su universo más íntimo. Había llegado la hora de hacerle el amor.

A esa tarea se consagraron apasionadamente hasta el atardecer. Luego, vaciados ya hasta de la más leve sombra de voluntad, se desplomaron en un sueño infantil.

Fue Katrien quien se despertó primero con un estremecimiento de frío que la caída de la tarde había dejado aleteando en la alcoba. Embutida en un viejo jersey del abuelo, salió a la terraza para grabarse a fuego en la memoria el sentimiento de perfecta felicidad con que se había despertado. Volvió a entrar para tapar a Alberto con la colcha y, antes de ponerse a preparar el café, volvió a recrearse en la embriaguez del silencio más voluminoso y ligero que jamás había podido escuchar. Pensaba en Jean d’Ormesson, que al final de su último libro, *La douane de mer*, se lamentaba de no haber tenido tiempo para hablarle a su compañero extraterrestre de las bellezas de Bellagio. Pensaba en Alberto: ahora ya tenía la certeza de poder hacerlo feliz y completamente suyo.

Le llevó una gran taza de café para regresarle a ella, a su gratitud. Quería hacerle sentir que estaba con él, que no deseaba nada más. Quería que él se lo confirmase de nuevo con sus caricias. Y con palabras, esta vez de futuro.

Se quedaron allí charlando hasta que se pudieron contar las estrellas. Ella le hizo preguntas sobre su trabajo, sus socios, sus proyectos. Le habló de sus planes para terminar sus estudios de traductora con el trabajo de fin de carrera. De sus amigos flamencos y francófonos. De sus primeras experiencias laborales.

Luego se dejaron devorar por la noche, envueltos en el ácido perfume de la carne.

Les despertaron unas cabras que nadie apacentaba. Merodeaban en estado salvaje por los alrededores desde que, dos años atrás, gracias a una conspicua financiación de la Comunidad Europea, se había construido un enorme establo, superequipado e inútil, que en realidad nunca había llegado a utilizarse. El “proyecto” incluía también una fantasmal fábrica de queso, que jamás llegó a terminarse, para la producción de unos imposibles, más que improbables, quesos de cabra. Una pequeña obra maestra del tráfico de influencias, del fraude, del despilfarro y de la degradación medioambiental. El abuelo Romildo, para proteger su terruño e impedir que esas bestias ignorantes e indecentes le mordisqueasen los guisantes del huerto, había tenido que instalar una cerca en torno a la casa, pese a que era propietario de casi una hectárea. Y eso que en la montaña, por estos lares, nunca se cercan los terrenos.

Al levantarse, Katrien pensó de inmediato en Chantal. Tenía al menos que llamarla por teléfono. Alberto, además, ya le había anunciado que no tenía la más mínima intención de regresar al lago. Al final, resolvieron abastecerse nuevamente de comida y pasar rápidamente por el campamento para avisar a la amiga “traicionada”. Así podrían continuar su luna de miel con absoluta autonomía durante unos cuantos días. Y, mientras Alberto terminaba de excavar una bodega bajo la casa, hasta la roca, ella proseguiría su trabajo.

También fueron a ver el fresco situado en la parte izquierda del oratorio de Vergosio, donde San Jerónimo destaca entre San Roque y San Nicolás.

Incluso Alberto se sorprendió de encontrar, perdido allí en la montaña, otro cuadro del siglo XVI tan majestuoso como aquél. El santo de la Vulgata aparecía representado con una barba imponente y, en la mano derecha, la miniatura de una iglesia, como para ilustrar su posición de Padre, Doctor y defensor del catolicismo.

Alberto trataba de analizar los frescos con los ojos de traductora, o casi, con que los miraba Katrien. Se había concentrado en el santo como para buscar en él otros rastros, otros fragmentos de la mujer de la que estaba enamorado. Tenía que acercársela, aceptarla, traducírsela. Para apropiarse de ella, naturalmente. Tenía, pues, que reproducir el propio movimiento que sirve de base a cualquier operación de traducción. Katrien le había explicado detalladamente la secuencia de operaciones mentales que un buen traductor debe seguir escrupulosamente: en primer lugar, la “architectura” a diferentes niveles del texto para comprenderlo y reconstruirlo con todas sus connotaciones; en segundo lugar, asimilación de la *otredad* del texto para familiarizarse íntimamente con él; y en tercer lugar, restitución fiel en el texto de llegada de todos los componentes semánticos y estilísticos del texto de partida.

En esos tres movimientos, Alberto había reconocido la confusa concatenación de sus sentimientos y de sus actos amorosos. Ahora lo que buscaba era su traducción factual, para sí mismo, para ella, para ellos. Después de haberla acogido en su mundo y después de haber penetrado en su intimidad, tenía que restituirla en toda su integridad a la Katrien unida inseparablemente a la nueva existencia de la que él, afortunadamente, formaba parte.

En todo caso, deseaba pensar en Katrien como en la mujer con la que *hacer* algo. Inclusive en el plano profesional.

En realidad, fue ella quien le sugirió una posible solución que en seguida le pareció pertinente. Una vez terminado el trabajo de fin de carrera, habría podido trabajar en el estudio gráfico, ampliándolo a las actividades que preceden a la producción: la concepción, la redacción y la traducción multilingüe.

“Ya hice unas prácticas en una empresa de traducción de Bruselas que había fundado una filial, en la misma sede, centrada en la preimpresión. Entre traductores, revisores, terminólogos, ilustradores y grafistas sumaban más de treinta personas. En Milán habría tenido que hacerse al revés: se partiría del ordenador gráfico ya existente para remontarse hasta el *copywriting*, la traducción y el multilingüismo editorial”.

Tan sólo habían transcurrido cuarenta y ocho horas desde su primer encuentro y Katrien ya sabía que a su primer hijo varón - si alguna vez tenían hijos - le pondrían un nombre francés. En los países francófonos, contrariamente a lo que ocurre en la Italia moderna, ese nombre era todavía bastante común: Jérôme.